

# Retazos fúnebres

Bertran Salvador Mata

Pseudónimo: Pierre Menard

Siempre he detestado escribir, aunque haya gente que me considere *escritor*; a decir verdad, ni yo sé qué puede significar esa palabra, una vez agotado el ego y el onanismo mental. Prefiero considerarme un investigador privado *sui generis*, un voyeur de vidas ajenas, que no deja de ser otro tipo de hedonismo, en mi opinión, mucho más placentero.

Entre mis clientes destacan los editores. Suelen presentarse al mediodía en mi despacho, enfundados en alguna boina que disimule su rostro, como si alguien hubiese de reconocerles. Lllaman al interfono con ansiedad y suben a mi despacho donde les espero fumando un cigarrillo - siempre me consideré heredero del canon, aunque ya no llevo gabardina. Se acomodan y dejan caer un atajo de folios encima de la mesa, dando a entender que ya había mucha faena avanzada, que esta vez era solo perfilar los detalles. Nunca lo es. De quién se trata esta vez, pregunté al editor de turno, un señoritingo importante al que le molestaba tener que venir personalmente a verme. Se llamaba Alejandra, respondió mientras me alargaba cinco libros. Una poetisa. De acuerdo, trato hecho, me decidí antes siquiera de saber nada más de ella, lo cierto es que estaba ya hastiado de esos escritorzuolos alcohólicos, puteros y vividores, y a su lado Alejandra solo podía depararme una grata experiencia. El editor asintió, pactamos el precio y me tendió el fajo de folios que había arrojado en un inicio. Es su única novela, inacabada, con tintes biográficos, necesita un final, pulir el desarrollo, algunos personajes adicionales, pero es perfecta por lo demás. ¿Cómo murió?, pregunté por curiosidad. Suicidio, y se marchó, dejándome la bibliografía necesaria para que pudiese terminar la novela inacabada de la poetisa Alejandra.

Me encendí un cigarrillo y me puse a devorar esos libros de poesía con devoción, deseoso de inmiscuirme en una nueva vida, de desentrañar los secretos de la poetisa Alejandra. Qué joven, apenas llegó a la treintena, y sus poemas eran desgarradores, desubicados. ¿Quién era Alejandra? Nadie lo sabía. Esos poemas plagados de miedos, de inseguridades que perviven, que transmutan con los años para no dejarnos sobrevivir; inseguridades que la sociedad fue dibujando en ella, miedos impostados hechos propios. Por qué tanto sufrimiento, Alejandra, ¿por qué te hemos hecho sentir tan culpable? Una personalidad que entre todos alentaron, ¿verdad? Tus relaciones, tu pasado, tu presente, todos te construían como esa alma castigada para lucrarse con ello.

Terminé los poemarios y era de noche ya. Estaba sudado, había terminado todos mis cigarrillos, y tuve que bajar a conseguirme anfetaminas. Necesitaba respirar aire fresco, notar cómo se desgarraba un trozo de mi alma, reunirme en algún hogar suntuoso y hablar de arte y literatura, como tantas noches hubo de hacerlo Alejandra, para condena suya. Paseé perdido hasta naufragar en un bar de alcohólicos, garabateando versos sueltos en una servilleta, ¿quién era yo?

Un hombre se me acercó, el tipo de hombre que pulula por los locales nocturnos un día laboral, ebrio aún a las cinco de la madrugada. Se sentó en mi mesa, ¿escribes poesía?, yo también; y me obligué a sonreír, claro, todos escribimos, respondí con condescendencia, ¿sería un alcohólico que solo pretendía ligar? Sorbió de su cerveza, preguntó si conocía a Parra y se me aceleró el corazón, uno de esos poetas malditos, un poco como yo, tal vez muerto ya. El hombre supo que había acertado cuando le miré fijamente, enturbiada mi mirada por las gafas sucias; se sonrió, tendió una mano temblorosa para quitármelas y, con delicadeza, lavarlas con su camiseta y devolvérmelas. ¿Mejor?, y continuó, tienes unos ojos bonitos, y tuve que contener la arcada ante la vulgaridad de la escena; era apuesto pero delicado, aunque no sabía conquistar a una mujer. Conversamos entre sorbitos, intentaba hacerme reír y yo tenía que fingir alguna carcajada, no quería asustarle, no quería explicarle que hay días en que no se puede ser feliz, o vidas enteras. Hablamos poco de poesía, algunos versos recitados mutuamente, intrascendentes, y mejor así, estaba harta de esas discusiones literarias, de la disertación etílica y la compasión. ¿Cómo sería acostarme con un hombre normal? Un hombre que, como ese apuesto y torpe caballero, trabajaba en una oficina, tenía un hogar con jardín y una mujer divorciada, que gastaba su semana de vacaciones paseando por bares nocturnos, sin ganas de planear a largo plazo, incapaz de hacerlo. Y por unos instantes fui yo la que escuchó hablar del dolor, de cómo se sentía con su reciente divorcio, de la inundación de su vida, y era grato imaginar que había sufrimiento más allá de las fronteras literarias, más allá de la prisión del lenguaje. Al poco rato supe que íbamos a acabar juntos esa noche. Nos acostamos con la luz apagada. Se lo pedí nada más entrar en su habitación, cuando sus manos empezaron a recorrerme, temblorosas por las anfetaminas, mi cuerpo sudado por el nerviosismo del examen. Intuí a un hombre fuerte y varonil, le cartografié con mis manos, escultural, y cada vez sudaba más, a pesar de no tener ya la camiseta, de notar la falda resbalar por mis piernas. Tumbada bocarriba, desnuda, noté su excitación e intenté cerrar los ojos para no verle mirándome. Él era delicado, me preguntaba si todo iba bien, hay días en que no puedes ser feliz, tuve que responderle mientras le animaba a seguir, necesitaba

seguir, aunque él había hecho amago de detenerse, extrañado. Recorrí su cuerpo, creo que con dulzura, aunque no podría decirlo, le conduje hacia mí, él estaba confuso por mi actitud distante pero activa, pero me besaba y se dejaba hacer. Sudaba cada vez más, mis pupilas se acostumbraban a la oscuridad, y volteé, encima esta vez todo fue rápido. Pidió que parara pero no lo hice, aceleré y noté que no podía contenerse. Me tumbé en la cama y solo me sentí bien cuando me tapé con la manta, y solo entonces me dejé abrazar, oí sus disculpas por la rapidez y sonreí, culpable. Mejor así. ¿Disfrutaría alguna vez *realmente* del sexo?

Escondida entre mantas esperé que se durmiera, hablando de tantas y tantas simplezas, compartiendo una intimidad que me era ajena. Cuando al fin calló, me deshice de su abrazo y me vestí con rapidez, necesitaba la caricia de la ropa para dormir. Volví a cobijarme y él abrió los ojos, encendió la luz, no supe por qué, y entonces reparé en una fotografía que había resistido al fuego del olvido. Él y su ex mujer sonriendo a la máquina, ella rubia, alta y delgada, preciosa, una muñeca de endiablada belleza. Antes de que volviese a apagar la luz me levanté, esta vez para irme, para no compartir cama con esa mujer ideal. No podía. Se levantó tras de mí, desnudo y preguntándome, pero yo no escuchaba, me calzaba las botas y me escapaba a la carrera de ese hogar perfecto, de esa ex mujer tan bonita, de ese apuesto caballero y su dulce delicadeza, que no sentía merecer.

Desperté al mediodía por el timbrado del teléfono. Era una invitación a una cena con escritores y editores, y extrañamente habían decidido invitarme. Acepté, cómo no hacerlo, el cultivo de amistades era necesario para subsistir en un negocio a la deriva, en una burda mercantilización de la palabra escrita, de los sueños y esperanzas ajenos. El hombre de la noche anterior me escribió sin insistencia, tal vez con preocupación, No le respondí, decidí olvidar ese oasis. Tenía que concentrarme en mi vida, en la necesidad de seguir teniendo una, de construir muros que me aislasen del viento, del cautiverio mental y físico, la esclavitud de los locos. Así que me presenté en esa cena con unas ganas terribles de beber, y eso que nunca bebía, no estaba recomendado con los fármacos, casi me curé del insomnio leyendo esa ristra inagotable de contraindicaciones y eventos adversos que me acunaban tiernamente y me alejaban de toda preocupación. Tal vez si todo aquello se cumpliera ya no tendría que explicarme a mí misma de donde brotaba todo ese dolor. El jardín donde se celebraba la cena era cuidado, los asistentes decentes, y la comida tenía que ser buena por fuerza. Pocos me conocían, así que me sentí libre para mezclarme entre grupos sin notar sus compasivas miradas clavadas. Si ha de existir un estigma de Caín, yo debo tenerlo tatuado.

Ligeramente bebida, me inmiscuí entre una panda de literatos fantoches, debatiendo sobre Joyce,

que yo nunca había leído. Asentí a deshora, reí trabajosamente, y me las compuse para que nadie preguntase por mí, hasta que uno de los señores habló de un libro mío que había leído recientemente. Todos escucharon, embelesados, como si en verdad fuesen grandes lectores y entendiesen la tragedia de las palabras. Empezaron a citar fragmentos, ¡qué horror!, y notaba cómo el término “maldito” pugnaba por salir de sus bocas emperifolladas, de sus rostros cultivados en odio. Y uno de ellos, al fin, constató lo obvio: un alma tan castigada tenía que acabar suicidándose. Asintieron los narcisistas, como si en verdad entendiesen ese sentir. Era tan bella su poesía, tan sentida. Y seguían cabeceando, orgullosos de sus juicios, agradeciendo que existiesen personas como yo para que ellos pudiesen tener esas obras poéticas tan hermosas, y se pudiesen vanagloriar de comprenderlas. No entendían. Ojalá nunca hubiese existido la poesía. Ojalá esos hombres ilustres desapareciesen, se emborronasen en la historia, sus opiniones se desmereciesen.

Corrí huyendo de esas voces que anticipaban mi suicidio, mi cautiverio en la prisión de la cordura. Corrí y seguí corriendo sin parar, perdiéndome por las calles de la ciudad que nunca me vio nacer, que nunca me acogió. Corrí, y entendí por qué creían que iba a morir, que sin duda moriría víctima de mí misma. Y aun así, corrí para huir. Corrí para buscar comprensión. Corrí hacia ese despacho en el que podía sentirme a salvo, hacia mis cigarrillos y mi cinismo. Corrí lejos de la poetisa Alejandra, aunque ella también corría conmigo. Corrí y hasta que no cerré la puerta tras de mí no me sentí investigador de nuevo, terminado mi cínico e hipócrita hedonismo de escritor de muertos.

Reescribí la novela de la poetisa Alejandra esa noche. Olvidé las anfetaminas, no las necesitaba; olvidé el dolor, no lo quería; olvidé parte del personaje castigado y torturado, no quería contribuir a él. Cuando hube terminado, supe que la novela no tenía nada que ver con la original. El único final posible de esa novela inacabada era permanecer inacabada. Yo la terminé, y así la poetisa Alejandra vivió un final, un final distinto, esperanza más allá de la prisión del lenguaje. No cobré nada al editor, porque esa no era la novela póstuma de la poetisa Alejandra: era la novela que hubiese escrito si hubiese despertado a la esperanza; era la novela que, tal vez, salvaría a futuras poetisas Alejandra.